

885-886 OPUSCULUM QUINQUAGESIMUM NONUM. DE NOVISSIMIS ET ANTICHRISTO.

ARGUMENTO.

Primero muestra que es difícil hablar de las cosas últimas; luego que es útil su meditación para despreciar las cosas humanas; en tercer lugar, discute sobre el reino y la muerte del Anticristo; finalmente, sobre los quince signos que, según San Jerónimo, precederán al día del juicio.

Al amado hermano ADÁN, PEDRO, pecador y humilde monje, salud en el Señor.

[DE NOVISSIMIS ET ANTICHRISTO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Hablar de las cosas últimas es difícil.

Querido hermano, al preguntarme qué hubo antes de la creación del mundo, qué será del mundo después del juicio, y al indagar diligentemente sobre el mismo juicio, actúas con religiosidad y prudencia; sin embargo, me llevas a lo desconocido y me obligas a enseñar lo que aún no he aprendido. Preguntas claramente lo que no sé: exiges lo que ignoro. Pues también Isaías dice: Anunciadme las cosas pasadas y las últimas que han de venir, y diré que sois dioses (Isa. LXI); queriendo expresar abiertamente que nadie puede narrar qué hubo antes del mundo o qué será después de él. Sin embargo, es fructuoso investigar, aunque no se pueda explicar absolutamente. La mente humana es de tal naturaleza que no puede estar vacía de pensamientos; o se ejercita en cosas serias, o se deleita en vanas; y mientras medita en lo útil, se defiende de la irrupción de pensamientos inoportunos. La maldad no tiene lugar para susurrar donde la mente, atenta a cosas útiles, mantiene un consejo estricto con sobria reflexión. Por tanto, es valioso y bastante útil pensar cuán breve es el espacio del tiempo transitorio en comparación con el que permanece eternamente. Pues si queremos comparar ese inmenso espacio de tiempo en el que Dios existió antes del origen de este mundo, y también el que permanecerá después del fin del mismo mundo, con este pequeño tiempo que va desde el principio del mundo hasta su fin, esta comparación es menor que si arrojas un puñado de agua al mar, o si intentas comparar la medida de un codo con todo el espacio de la tierra. Pues tanto la inmensidad del mar como el espacio de la tierra son finitos, al igual que el puñado de agua y la medida de un codo; aunque aquellos sean mayores, estos son incomparablemente menores. Por lo tanto, es más fácil comparar lo finito con lo finito, que aquello que tiene fin con lo que no puede ser concluido por ningún fin. Pues como Dios es alfa y omega, principio y fin (Apoc. XXII), así como existió siempre sin principio, tampoco podrá tener fin. Sin embargo, este mundo desde el inicio de su creación aún no se conoce que haya completado siete mil años. ¿Y quién sabe cuán breve será el espacio de tiempo hasta que Dios juzgue al mundo? ¿Cómo, entonces, pueden compararse siete mil, o incluso diez mil años, con la interminable esencia de la divinidad, que no pudo tener origen ni fin?

CAPÍTULO II. Cuán útil es meditar sobre las cosas últimas.

Cuando, por tanto, discutimos estas y otras cosas similares con meditación vigilante, mientras las consideramos humildemente en el pensamiento, se adquiere un no pequeño progreso de nuestra mente; porque mientras medita en lo eterno, claramente percibe cuán despreciables son las cosas temporales. Así, mientras la mente racional piensa en estas cosas, también se añade que considera que no pasará con el tiempo, sino que vivirá sin fin. Considera, por tanto, que es de tal naturaleza que necesariamente o disfrutará de premios perpetuos, o será

atormentada con castigos eternos. Discutir estas cosas con meditación diligente, y también prever con cuidado el día del juicio, no es un pequeño fruto: en ese día, a quien le vaya bien una vez, no caerá más; y a quien las cosas se le vuelvan en contra, no se levantará más. Lo que preguntas sobre el día del juicio y el Anticristo, lee el libro del bienaventurado Agustín De civitate Dei, y la Exposición de San Jerónimo sobre el profeta Daniel, así como el Apocalipsis con sus comentarios: en los cuales ciertamente podrás encontrar suficiente conocimiento sobre este tema. Pues como la Escritura auténtica primero designa, y luego el estilo de los expositores lo aclara, el Anticristo reinará tres años y medio; y después de que Enoch y Elías sean asesinados por él, el arcángel Miguel matará al mismo Anticristo y a la mayor parte de sus miembros. No es contrario a lo que se dice por el Apóstol: "Porque el Señor Jesucristo lo matará con el espíritu de su boca, y lo destruirá con la manifestación de su venida" (II Tes. II). Pues ya sea por sí mismo, o por medio del ministerio angélico, Cristo lo destruye, es principalmente por él que la plaga iniqua es destruida, por cuya virtud y poder es superada. En verdad, como se enseña por los doctores, en el monte de los Olivos, en su pabellón y trono, el Señor lo destruirá; en ese lugar contra el cual, viendo los apóstoles, ascendió victorioso al cielo. De donde Isaías dice: "El Señor precipitó en el monte santo el rostro del dominador de las tinieblas, y al que domina sobre todos los pueblos" (Isa. XV). De quien se dice por Daniel: "Hablará palabras contra el Altísimo, y quebrantará a los santos del Altísimo; y pensará en cambiar los tiempos y las leyes; y serán entregados en su mano hasta tiempo, tiempos y medio tiempo" (Dan. VII). De donde se deduce que el Anticristo reinará tres años y medio. Pues tiempo es un año, tiempos son dos años. Reinará, por tanto, tres años y medio, y luego será destruido por la espada de la ira divina; para que el tirano perezca completamente, y toda la creación se postre ante el verdadero rey. De donde también el mismo Daniel: "El juicio se sentará, para que sea quitado su poder, y sea quebrantado, y perezca hasta el fin. El reino, y el poder, y la grandeza del reino que está bajo todo el cielo, será dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es eterno; y todas las naciones le servirán y obedecerán."

CAPÍTULO III. Cuántos días pasarán desde la muerte del Anticristo hasta la venida de Cristo el Señor.

Después de la muerte del Anticristo, habrá cuarenta y cinco días restantes hasta la venida de Cristo, en los cuales cesará la persecución, y habrá gran paz y tranquilidad, para que dentro de este espacio de tiempo, los justos, si en algo titubearon en el momento de la persecución, hagan penitencia, y los ministros del diablo se disuelvan en la seguridad de la pereza y la desidia: como en los días de Noé plantarán, edificarán; celebrarán banquetes, y contraerán matrimonios; y mientras estén ocupados en la frivolidad de la vanidad, de repente llegará la destrucción (Mat. XXIV; Luc. XVII). Lo que preguntas, si primero este mundo arderá, y después se hará el juicio, está definido por la evidente sentencia de los mayores, que el juicio precederá, y así la conflagración del mundo seguirá. Pues una vez realizado el juicio, de repente el fuego brotará ocupando tanto espacio del aire como el agua ascendió cuando invadió el cataclismo. Este fuego quemará la tierra, y la densidad del aire, y así purificará a los elegidos. Pero lo que sobre el día del juicio en la carta que escribimos a Blanca, la condesa, reunimos algunos testimonios de las Escrituras; también hay tantas de este mismo tema entre los expositores del sagrado elocuente, que no puede ser comprimido dentro de un compendio epistolar, te dirigimos a sus abundantes fuentes, y dejando de lado los riachuelos secos, te aconsejamos beber de las fuentes de Israel.

888 CAPÍTULO IV. Signos que preceden al día del juicio según la sentencia de San Jerónimo.

Sin embargo, lo que aprendimos de San Jerónimo sobre los quince signos de los quince días que preceden al día del juicio, no juzgamos superfluo insertarlo aquí con las mismas palabras. A estas palabras ciertamente no les atribuimos la fuerza de la autoridad, ni les negamos completamente la fe. Así que la cosa, tal como nos ha llegado, se inserta simplemente en este estilo, para que también a los antiguos pueblos hebreos, el terror del juicio divino que creció, se conozca a partir de sus páginas. El signo, dice, del primer día: Todos los mares se elevarán en altura quince codos sobre los altos montes de la tierra, no por afluencia, sino como muros, las aguas se mantendrán. El signo del segundo día: Todos los mares se hundirán en el abismo profundo, de modo que apenas puedan ser vistos por los ojos humanos. El signo del tercer día: Todos los mares volverán a su estado original, tal como fueron creados desde el principio. El signo del cuarto día: Todas las bestias y todo lo que se mueve en las aguas marinas se congregarán sobre el mar, como en contienda, mugiendo y rugiendo entre sí; y los hombres no sabrán qué cantan, o qué piensan, pero solo Dios lo sabe, a quien todo vive, en el oficio de actuar. Estos cuatro signos son del mar, y los tres signos siguientes son del aire y del éter. El signo del quinto día: Todas las aves del cielo se congregarán en los campos, cada género en su orden; las mismas aves estarán conversando y llorando entre sí, no gustando ni bebiendo, temiendo la venida del juez. El signo del sexto día: Ríos de fuego surgirán desde el ocaso del sol, corriendo hacia el firmamento, hasta el oriente. El signo del séptimo día: Las estrellas errantes y estacionarias esparcirán de sí mismas cabelleras ígneas, como aparece en los cometas, al mundo y a sus habitantes. El signo del octavo día: Habrá un gran terremoto, de modo que ningún hombre podrá estar de pie, ni ningún animal, sino que todo será derribado al suelo. El signo del noveno día: Todas las piedras, tanto pequeñas como grandes, se dividirán en cuatro partes, y cada parte chocará con la otra parte, y ningún hombre conocerá ese sonido, sino solo Dios. El signo del décimo día: Todos los árboles de los bosques, y las hierbas de las plantas, fluirán un rocío sanguinolento. El signo del undécimo día: Todos los montes, y colinas, y todos los edificios construidos por arte humana, se reducirán a polvo. El signo del duodécimo día: Todos los animales de la tierra vendrán de los bosques y montes a los campos rugiendo y mugiendo, no gustando ni bebiendo. El signo del decimotercer día: Todas las tumbas desde el oriente del sol hasta el ocaso se abrirán, con los cadáveres resurgiendo, hasta la hora del juicio. El signo del decimocuarto día: Todo el género humano, que se encuentre, de las moradas y de los lugares en que estén, se alejarán rápidamente, no entendiendo ni hablando; sino corriendo como locos. El signo del decimoquinto día: Los hombres vivos morirán, para resucitar con los muertos que fallecieron mucho antes.

Bendito sea el nombre del Señor.